

## Postales de la Bella Villa

### Crónicas

ELKIN OBREGÓN

Fondo Editorial Universidad Eafit,  
Colección Bicentenario de Antioquia,  
Medellín, 2013, 150 págs.

DEBERÍA EXISTIR una historia dedicada a las miniaturas, las viñetas y los bocetos, ese tipo de piezas que, a pesar de su tamaño y de su fragilidad, logran contener y capturar el espíritu de las cosas, sus recorridos. Igual, una que hable de la familia particular que forman los fotógrafos, los arquitectos de antaño, los exploradores que aún coleccionan piedrecillas, el dibujante hábil como el cronista capaz. Ellos son una raza aparte. Son, al final, artistas que encuentran sentido en los detalles, en los pequeños engranajes, en las mecánicas invisibles que hablan del orden del mundo y revelan esa verdad oculta mediante los trazos que retratan las singularidades de las gentes, los lugares, sus caminos. Algo que solo gracias a una mirada atenta, se hace posible para los otros.

Es precisamente la unión de esos dos principios, lo que sucede en las páginas de este libro, aunque su título parezca desacertado. Más que crónicas, en el “estricto sentido del término”, lo que se encuentra en estos escritos es un conjunto de situaciones fugaces, esbozos de personajes, momentos de una ciudad, una geografía acotada. Pensamos entonces en los viejos cuadros de costumbres, en las crónicas cotidianas; mejor aún, en las postales esas que ya no llegan, las que cuentan historias por sus dos lados, esas de esquinas redondeadas por el uso, nostálgicas, al fin y al cabo.

Además, gracias a la presentación del autor que hace Ana María Cano, es posible comprender la materia de la que está hecho Elkin Obregón, su talento como caricaturista, su pasión por el dibujo, por los comics, su formación como arquitecto, su labor como traductor y lector voraz. Sin contar su fama de conversador incansable en medio de los murmullos que se cuelan en cada una de las piezas que componen este conjunto diverso, breve y contundente.

Este forma parte de la Colección Bicentenario de Antioquia. Presenta tres bloques temáticos y un retrato que por momentos pareciera dialogar directamente con el autor: el de Fernando Rendón, en la “Línea dura”, ese legendario caricaturista antioqueño que marcó una época y cuyo suicidio sigue siendo tema de elucubraciones. Se trata de una semblanza escrita con un lenguaje preciso que llama la atención sobre este personaje como figura tutelar de la caricatura en Colombia.

Los tres bloques son: “Diálogos de *Su Desayuno*”, selección de veintinueve columnas en la que un par de amigos, Donato y Luciano, indagan por el pasado de Medellín; “Columnas breves”, treinta textos en los que Obregón amplía el registro para cuestionarse sobre la literatura y el arte, y un cierre con ocho singulares y brevísimos relatos y rápidas pinceladas.

En lo que refiere específicamente a “Diálogos”, encontramos esas dos voces que se complementan, perfiladas cada una en su lugar, en su función. Donato, conocedor consumado de las anécdotas, historias y detalles de una Medellín conservada en su memoria. Luciano, agudo apuntador, breve y acertado. Mientras el primero recorre las calles de la ciudad y recuerda a su paso personajes como Fernando González, Alberto Aguirre y León de Greiff, el segundo hace gala de un humor desconcertante, difícil de ignorar.

Esta pareja, de prosa traviesa, construye una mirada fraternal sobre el pasado y la ciudad, que apela por momentos a un tono infantil. Es decir, a su sinceridad y fascinación con aquello que ve, que recuerda de las idas al cine, las diferentes músicas que acompañaron sus noches, la lectura de historietas y las no pocas peregrinaciones bohemias acometidas por ambos en medio de su educación sentimental, que tuvo por cómplice a la Medellín de antaño.

Pareciera que esos encuentros entre los dos amigos tuvieran su lugar en el banco de un parque o en medio de un cafetín donde la conversa se mezcla con el humo de los cigarros y los aromas del tinto y el aguardiente. Una reverberación popular en medio de la miscelánea variopinta y nostálgica en la que se revela un compositor de imágenes, el arquitecto que recorre

la ciudad, el dibujante de estampas que recuerda el pasado “heroico” y lo reclama nuevamente.

En conclusión, una prosa pausada, memoriosa, llena de anécdotas y giros sutiles y elegantes. Aunque es difícil negar que, después de cuatro o cinco diálogos seguidos, la sensación puede resultar agotadora por la “música” que marca este binomio, cosa que dudo se diera en la lectura espaciada que la revista propiciaba de una edición a otra.

Porque hay que recordar que todo este material, o su gran mayoría, se publicó inicialmente en *La Hoja de Medellín*, apuesta editorial que se pregunta sobre la ciudad a lo largo de 16 años, y se inicia en 1992 en medio de la crisis más profunda que Medellín haya podido vivir. Así, logra consolidar un proyecto periodístico y cultural en el que participaron escritores como Héctor Abad Faciolince, Laura Restrepo, Piedad Bonnet, Natalia Pikouch, Jorge Orlando Melo, Alonso Salazar y María Victoria Uribe, por solo nombrar a algunos. Este proyecto, que luego tuvo un paso por Bogotá, se concentró en replantearse la ciudad y la ciudadanía en medio de la violencia y degradación del narcotráfico, y se propuso un destino y un futuro diferentes.

Parte de esa herencia de *La Hoja* es también *Columnas breves*, ejemplo de escritura sintética y contenida, que envuelve al lector poniendo su acento, esta vez, en ese universo de libros viejos, de librerías, de escritores diletantes, vivos o muertos, distantes de la industria y más cercanos a la reflexión, a ese juego inconcluso del deseo, del coqueteo con la palabra, del ajedrez, del arte, etc. En este grupo se destacan textos como *El viajero de Ayurá*, *La herejía de leer*, *Libros de viaje*, *El arte de la creación*, *La reina de las artes*, *Callar o no callar*, entre otros. Estos ejemplos alcanzan mayor hondura sin perder los elementos señalados inicialmente. Son comentarios acertados y profundos que no por ello están exentos de desencanto.

Y así, casi sin darse cuenta del cambio de registro, se termina de sopetón disfrutando de unas píldoras que, dada su gracia y encanto, es mejor no resumir; son una suerte de postre que llega de improviso y hace las delicias de un público que ha recuperado una forma distinta de mirar, de caminar y recorrer

la ciudad; que se aproxima en otra forma a esas estampas, viñetas, cuadros de costumbres, retablos; al final una colección de postales, heredadas o propias, que resuman encanto, de esas que se encuentran en las polvorientas cajas de zapatos dispuestas en algún rincón olvidado, pero que cada vez que la suerte lo permite y se escarba en su interior, produce esa reconfortante sensación de quien lee la historia de las pequeñas cosas.

**Valentín Ortiz**